



## Don Quijote en Microrrelatos - 2



Ilustración de Svetlin Vassilev

Ofrecemos a continuación nuevos microrrelatos. Esta vez precedidos por un texto del escritor uruguayo Eduardo Galeano, y seguidos de un conocido poema de León Felipe (*Vencidos*) y otros relatos de Franz Kafka, Javier Tomeo, Julia Otxoa, Marco Denevi, José María Merino, José Emilio Pacheco y varios más que esperamos sean de vuestro agrado.

## Don Quijote de las paradojas

Eduardo Galeano. Revista Cultural de Venezuela. CONAC. Caracas. N° 10, Marzo 2005

Nació en prisión esta aventura de la libertad. En la cárcel de Sevilla, «donde toda incomodidad tiene su asiento y donde todo triste ruido hace habitación», fue engendrado Don Quijote de La Mancha. El papá estaba preso por deudas.

Exactamente tres siglos antes, Marco Polo había dictado su libro de viajes en la cárcel de Génova, y sus compañeros de prisión habían escuchado, y escuchándolo habían viajado.

Cervantes se propuso escribir una parodia de las novelas de caballería. Ya nadie, o casi nadie, las leía. Estaban pasadas de moda. La tomadura de pelo fue un esfuerzo digno de mejor causa. Y sin embargo, esa inútil aventura literaria resultó mucho más que su proyecto original, viajó más lejos y más alto y se convirtió en la novela más popular de todos los tiempos y de todas las lenguas.

Merece gratitud eterna el caballero de la triste figura. A don Quijote los libros de caballería le habían quemado la cabeza, pero él, que se perdió por leer, salva a quienes lo leemos. Nos salva de la solemnidad y del aburrimiento. Famosos estereotipos: don Quijote y Sancho Panza, el caballero y su escudero, la locura y la cordura, el soñador hidalgo con la cabeza en las nubes y el labriego rústico de pata en tierra.

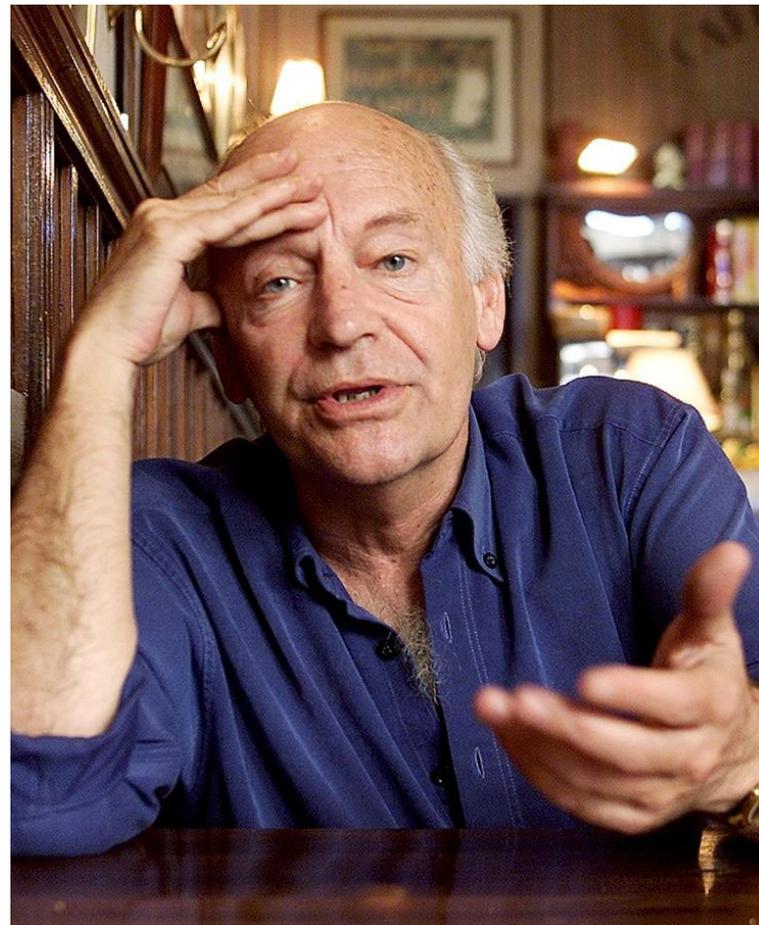
Es verdad que don Quijote se vuelve loco de remate cada vez que monta a Rocinante, pero cuando desmonta suele decir frases que vienen del más puro sentido común, y en ocasiones pareciera que se hace el loco sólo por cumplir con el autor o el lector. Y Sancho Panza, el ramplón, el bruto, sabe ejercer con ejemplar sutileza su gobierno de la ínsula de Barataria.

Tan frágil que parecía y fue el más duradero. Cada día cabalga con más ganas, y no sólo por la manchega llanura. Tentado por los caminos del mundo, el personaje se escapa del autor y en sus lectores se transfigura. y entonces hace lo que no hizo, y dice lo que no dijo.

Don Quijote jamás pronunció la más famosa de sus frases. «Ladran, Sancho, señal que cabalgamos» no figura en la obra de Cervantes. ¿Qué anónimo lector habrá sido el autor?

Metido en su armadura de latón, montado en su rocín hambriento, don Quijote parece destinado a la derrota y al ridículo.

Este delirante se cree personaje de novela de caballería y cree que las novelas de caballería son libros de historia. Sin embargo, no siempre cae despatarrado en sus lances imposibles, y a veces hasta aplica honrosas tundas a los enemigos que enfrenta o inventa. Y ridículo es, qué duda cabe, pero entrañablemente ridículo. Cree el niño que una escoba es un caballo, mientras el juego dura, y mientras dura la lectura los lectores acompañamos y compartimos los andares estafalarios de don Quijote.



Eduardo Galeano



Reímos de él, sí, pero mucho más reímos *con él*.

«No te tomes en serio nada que no te haga reír», me aconsejó alguna vez un amigo brasileño. Y el lenguaje popular se toma en serio los delirios de don Quijote y expresa la dimensión heroica que la gente ha otorgado a este antihéroe. Hasta el Diccionario de la Real Academia Española lo reconoce así. Quijotada es, según el diccionario, «la acción propia de un quijote» y quijote es aquel que «antepone sus ideales a su conveniencia y obra desinteresada y comprometidamente en defensa de causas que considera justas, sin conseguirlo».

Dos veces pidió Cervantes empleo en América, y dos veces fue rechazado. Algunas versiones dicen que era dudosa su limpieza de sangre. Los estatutos prohibían viajar a las colonias americanas a quien llevara en sus venas glóbulos judíos, musulmanes o heréticos, que se trasmitían a lo largo de no menos de siete generaciones. Quizá la sospecha de algún abuelo o bisabuelo que fuera judío converso explica la respuesta oficial a las solicitudes de Cervantes: «Busque por acá en qué se le haga merced».

Él no pudo venir a América. Pero su hijo, don Quijote, sí. Y en América le fue de lo más bien.

En 1965, el Che Guevara escribió la última cata a sus padres.

Para decirles adiós, no citó a Marx. Escribió: «Otra vez siento bajo mis talones el costillar de Rocinante. Vuelvo al camino con mi adarga al brazo».

En sus malandanzas, evocaba don Quijote la edad dorada, cuando todo era común y no había tuyo ni mío. Después, decía, habían empezado los abusos, y por eso había sido necesario que salieran al camino los caballeros andantes, para defender a las doncellas, amparar a las viudas y socorrer a los huérfanos y a los menesterosos.

El poeta León Felipe creía que los ojos y la conciencia de don Quijote «ven y organizan el mundo no como es, sino como debiera ser. Cuando don Quijote toma al ventero ladrón por un caballero cortés y hospitalario, a las prostitutas descaradas por doncellas hermosísimas, la venta por un albergue decoroso, el pan negro por pan candeal y el silbo del capador por una música acogedora, dice que en el mundo no debe haber ni hombres ladrones ni amor mercenario ni comida escasa ni albergue oscuro ni música horrible».

Unos años antes de que Cervantes inventara su febril justiciero, Tomás Moro había contado la utopía. En el libro de Tomás Moro, *Utopía*, “u-topia” significaba *no-lugar*. Pero quizás ese reino de la fantasía encuentra lugar en los ojos que lo adivinan, en ellos encarna. Bien decía George Bernard Shaw que hay quienes observan la realidad tal cual es y se preguntan por qué, y hay quienes imaginan la realidad como jamás ha sido y se preguntan por qué no.

Está visto, y los ciegos lo ven, que cada persona contiene otras personas posibles, y cada mundo contiene su contramundo. Esa promesa escondida, el mundo que necesitamos, no es menos real que el mundo que conocemos y padecemos.

Bien lo saben, bien lo viven, los aporreados que todavía cometen la locura de volver al camino, una vez y otra y otra, porque siguen creyendo que el camino es un desafío que espera, y porque siguen creyendo que desfacen agravios y enderezar entuertos es un disparate que vale la pena. Ayuda lo imposible a que lo posible se abra paso. Por decirlo en términos de la farmacia de don Quijote: tan mágico es este bálsamo de Fierabrás, que a veces nos salva de la maldición del fatalismo y de la peste de la desesperanza.

¿No es ésta, al fin y al cabo, la gran paradoja del viaje humano en el mundo? Navega el navegante, aunque sepa que jamás tocará las estrellas que lo guían. □

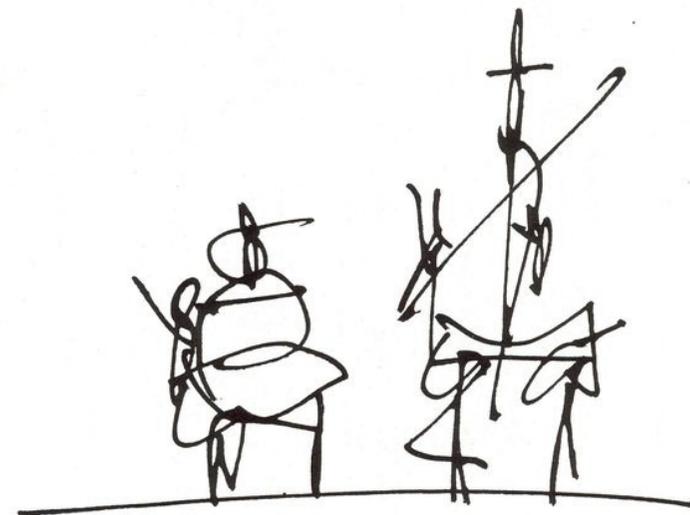


Ilustración de Antonio Saura



## Vencidos

León Felipe. 1920. Publicado en *Versos y oraciones del caminante* (1920-1929)

Por la manchega llanura  
se vuelve a ver la figura  
de Don Quijote pasar,  
Y ahora ociosa y abollada va en el rucio la armadura,  
y va ocioso el caballero sin peto y sin espaldar,  
va cargado de amargura,  
que allá encontró sepultura su amoroso batallar.  
Va cargado de amargura  
que allá "quedó su ventura"  
en la playa de Barcino, frente al mar.

Por la manchega llanura  
se vuelve a ver la figura  
de Don Quijote pasar,  
Va cargado de amargura,  
va, vencido, el caballero de retorno a su lugar.  
¡Cuántas veces, Don Quijote, por esa misma llanura  
en horas de desaliento así te miro pasar!

¡ Y cuántas veces te grito:  
Hazme un sitio en tu montura  
y llévame a tu lugar;  
hazme un sitio en tu montura,  
caballero derrotado,  
hazme un sitio en tu montura,  
que yo también voy cargado  
de amargura  
y no puedo batallar!  
Ponme a la grupa contigo,  
caballero del honor,  
ponme a la grupa contigo  
y llévame a ser contigo  
pastor.  
Por la manchega llanura  
se vuelve a ver la figura  
de Don Quijote pasar. □



León Felipe. Tabara, Zamora 1884—México D.F 1968



## El otro Quijote

David Lagmanovich. *Los cuatro elementos*. Menoscuarto. Palencia 2007

En realidad hubo dos Quijotes, aunque los críticos españoles no hayan querido aceptarlo. Quizá hubo una insuficiente lectura del texto, o bien les dio vergüenza aceptar que Cervantes, espíritu burlón, introdujera junto al personaje verdadero uno apócrifo. Porque es evidente que el don Quijote alojado en el palacio de los duques, el que rechaza con comedidas palabras el ofrecimiento de su persona que hace la doncella Altisidora y entretiene sus horas tañendo un laúd, no es el mismo que salió de su aldea manchega, lanza en ristre, con la sola compañía humana de su fiel escudero Sancho Panza. ¿Dónde se ha visto que un caballero español rechace a una damisela cortesana? Y esa afeminada musiquita del laúd, ¿tiene algo que ver con el abierto viento de la llanura, la rudeza de los bosques, la desolación de las aldeas, la poderosa humanidad de los campesinos españoles? No: algún cortesano se hizo pasar por don Quijote, para desconcierto de Sancho y burlona satisfacción del duque. El falso Quijote desaparece en el espacio exterior al palacio, y ciertamente no es él quien muere, consumido por la fiebre, después del triste regreso a la aldea. □

## La cuarta salida

José María Merino. *Cuentos del libro de la noche*. Alfaguara, Madrid 2006

El profesor Souto, gracias a ciertos documentos procedentes del alcañá de Toledo, acaba de descubrir que el último capítulo de la Segunda Parte de *El Quijote* – “De cómo Don Quijote cayó malo, y del testamento que hizo y su muerte”- es una interpolación con la que un clérigo, por darle ejemplaridad a la novela, sustituyó buena parte del texto primitivo y su verdadero final. Pues hubo una cuarta salida del ingenioso hidalgo y caballero, en ella encontró al mago que enredaba sus asuntos, un antiguo soldado manco al que ayudaba un morisco instruido, y consiguió derrotarlos. Así, los molinos volvieron a ser gigantes, las ventas castillos y los rebaños ejércitos, y él, tras incontables hazañas, casó con doña Dulcinea del Toboso y fundó un linaje de caballeros andantes que hasta la fecha han ayudado a salvar al mundo de los embaidores, follones, malandrines e hipedutas que siguen pretendiendo imponernos su ominoso despotismo. □

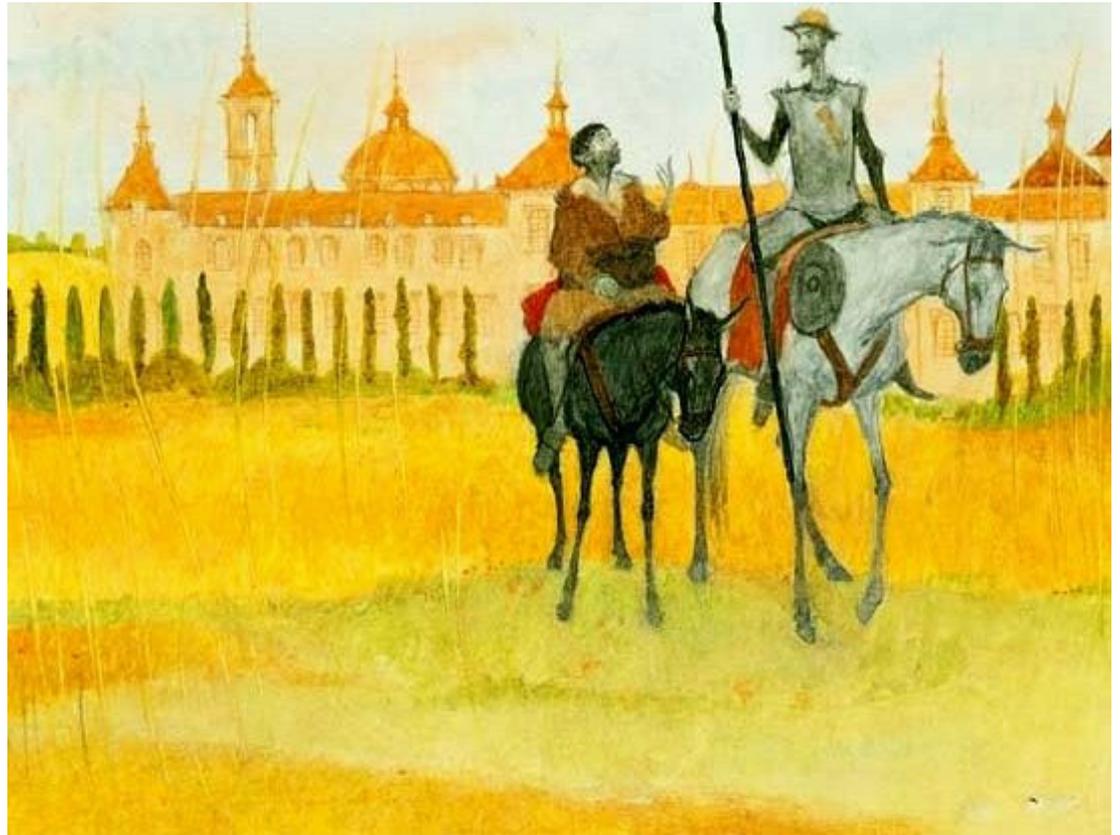


Ilustración de Svetlin Vassilev



## Historia XXIV

Javier Tomeo. *Historias mínimas*. Anagrama, Barcelona 1996

Aldea y páramo. Sol de ocaso. Padre e hijo están sentados en la linde del camino que conduce al cementerio. Sobre la tierra húmeda, los gusanos avanzan gracias a las contracciones de una capa muscular subcutánea.

HIJO: Padre.

PADRE: Dime.

HIJO (Alargando el brazo y señalando el horizonte): Mira aquel molino.

PADRE: ¿Dónde ves tú un molino?

HIJO: Allí.

PADRE: Aquello no es un molino, hijo.

HIJO: ¿Qué es, entonces?

PADRE: Un gigante.

HIJO: ¿Un gigante?

PADRE: No hay duda. Fíjate bien. Ahora está quieto, oteando el paisaje. Pero dentro de un momento se pondrá a caminar y a cada zancada avanzará una legua.

HIJO (Tras un intervalo de silencio): Padre.

PADRE: Dime.

HIJO (Con voz compungida): Yo no veo que sea un gigante.

PADRE: Pues lo es.

HIJO: ¿Un gigante con puertas y ventanas? ¿Un gigante con tejas y aspas?

PADRE: Un gigante.

HIJO (Tras una pausa): Padre.

PADRE: Dime.

HIJO: Yo solo veo un molino.

PADRE: ¿Cómo? ¿Un molino?

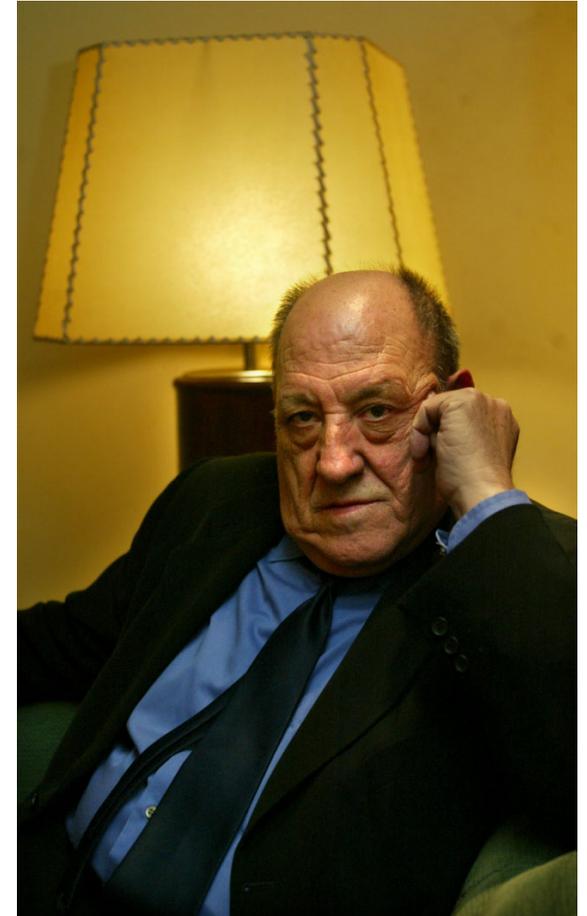
HIJO: Sí, un molino. El mismo de siempre.

PADRE (Con voz grave): Tomás.

HIJO: ¿Qué?

PADRE (Volviendo lentamente la cabeza y mirando en derechura a los ojos del hijo): Me preocupas.

Silencio. Padre e hijo permanecen inmóviles sin cambiar ya más palabras. Llega por fin la noche y la luna se enciende. □



Javier Tomeo



## En un lugar de La Mancha

José Emilio Pacheco. *Velas al viento. Los microrrelatos de La nave de los locos*. Ed. Cuadernos del Vigía. Madrid, 2010

Lo cual me recuerda —dijo un tercero— la historia de aquel porquerizo en un lugar de La Mancha. Había aprendido a leer y mitigaba el tedio de la aldea repasando viejas novelas. A fuerza de rehacer en la imaginación sueños ajenos acabó por creerse un caballero andante que iba de un lado a otro de la España corrompida por el oro de Indias.

El porquerizo escribió su delirio como pudo. Había conocido gracias a su trabajo a un recolector de provisiones para la Armada Invencible. Al saber que Cervantes se hallaba preso, le regaló su manuscrito. Si lo encontraba digno de la imprenta quizá al dejar la cárcel podría comer gracias al libro. Sentía afecto por el viejo que en años lejanos había intentado ser poeta, novelista, dramaturgo. Cervantes entretuvo las horas de su prisión reescribiendo los papeles de su amigo. Sancho Panza murió en 1599, sin recordar su obra ni al prisionero. Siete años después Cervantes publicó al fin la novela. Noble y honrado como era, la atribuyó a un inexistente historiador árabe, Cide Hamete Benengeli, y dio el nombre de Sancho al escudero del Quijote. □

## La verdad sobre Sancho Panza

Franz Kafka. *Obras completas*. Ed Teorema. Pg 746

Al correr de los años, y gracias a una gran cantidad de novelas caballerescas y picarescas leídas en las horas vespertinas y nocturnas, Sancho Panza —quien por lo demás nunca se vanaglorió de ello— consiguió despistar de tal modo a su demonio —al que luego daría el nombre de Don Quijote—, que este acometió como barco sin remos las más locas hazañas, las cuales, no obstante, por falta de un objeto predestinado —que justamente hubiera debido ser Sancho Panza—, a nadie perjudicaron. Sancho Panza, un hombre libre, acompañó sereno a Don Quijote en sus andanzas, quizás por un cierto sentido de la responsabilidad, y obtuvo de ello una muy grande y útil diversión, hasta el fin de sus días. □

## La metamorfosis, según Miguel de Cervantes

José de la Colina. *Portarrelatos*. Ficticia. México

En un barrio de Praga de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho que vivía un joven viajante de comercio de los de camisa semanal, corbata manchada de sopa y zapatos polvorientos. Es pues de saberse que este sobredicho viajante, en los ratos en que no andaba vendiendo, que eran los más del año, se daba a leer libros de entomología, ciencia que trata de los insectos, con tanta afición y gusto que olvidó de todo punto su trabajo y leyendo se le pasaban las noches de claro en claro y los días de turbio en turbio. Y, rematado ya su juicio con tales lecturas, vino a dar en el más extraño pensamiento en que jamás dio loco en el mundo, y fue que le pareció conveniente y necesario, para escapar al fisco y a los acreedores, convertirse en un escarabajo... □

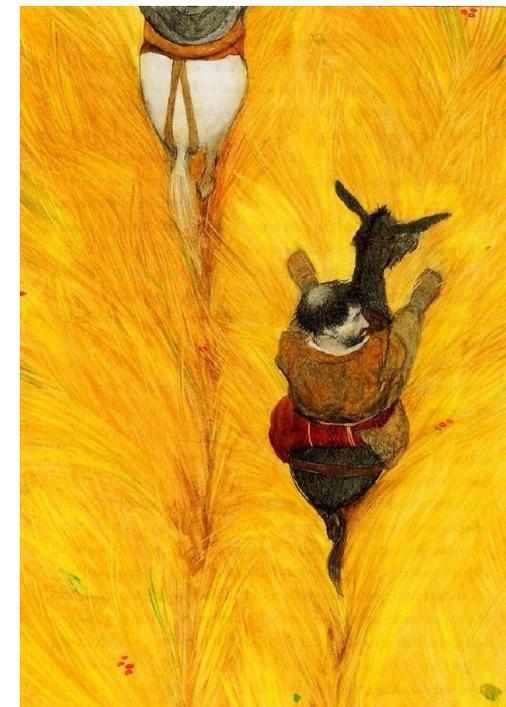


Ilustración de Svetlin Vassilev



## Don Quijote 2005

Diego Muñoz Valenzuela. *De monstruos y bellezas*. Ed Mosquito, Santiago de Chile., 2007

Ulula con gran resonancia el teléfono celular de don Quijote, mas el hidalgo no transige y continúa cabalgando su rocín en derechura. Sancho resopla del otro lado de la línea, a Dios rogando que el caballero tenga a bien responder a la llamada que torciera el acechante destino. Dulcinea espera en la puerta de la iglesia con un ramo de orquídeas y exhala un suspiro al ver al caballero aproximarse al galope en lontananza. Viene por la avenida colmada de gentes que lo vitorean agitando banderillas de La Mancha. “Ella no es quien usted cree que es, don Alonso”, resuella el fiel escudero, “grandes decepciones le aguardan, mi señor, contestadme por la gracia de Dios”. Don Quijote carga con el rostro iluminado, sin hacer caso a la infernal sonaja. □

## De cómo *El Quijote* fue quemado en Morano

Julia Otxoa. *Un león en la cocina*. Las Tres Sorores, Zaragoza 1999

“La base esencial de una mente saludable radica en el principio de concreción con que se percibe el mundo». Este tipo de frases grandilocuentes acostumbraba a decir el párroco Pietro Asnoglionne en sus charlas formativas de los sábados en la sala municipal. Su auditorio, formado en su mayor parte por feligreses de la pequeña aldea de Morano, quedaba en suspense, como levitando.

Su discurso retórico, acompañado de estudiadas entonaciones y ensayados silencios, actuaba como una especie de hipnosis.

Un día les dijo que iba a hablarles de la famosa novela *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha* de Miguel de Cervantes, pero fatalmente guiado por su férreo principio de concreción máxima, no pasó del inicio. Las cosas sucedieron así: Pietro Asnoglionne abrió el libro con solemnidad y comenzó a leer: «En un lugar de la Mancha...». Es este punto cerró el libro con fuerza y, mirando a los presentes, preguntó: «¿Qué creen ustedes que quiso decir Cervantes con eso de «En un lugar de la Mancha?»».

Pietro Asnoglionne adoptó en ese instante un aire rígido, se puso de pie, y blandiendo en este instante la novela en la mano derecha, levantó la voz para decir indignado: «Claramente el autor especifica muy poco, una novela con un punto de arranque tan volátil no puede ofrecer sino vaguedades, quizás quimeras, confusión de lenguaje, descontrol de ideas y anarquía. Para la salvación de nuestras almas, este tipo de libros no puede tener otro destino que la hoguera”.

Corría el año 2004, el *Quijote* fue quemado en la plaza mayor de Morano. □

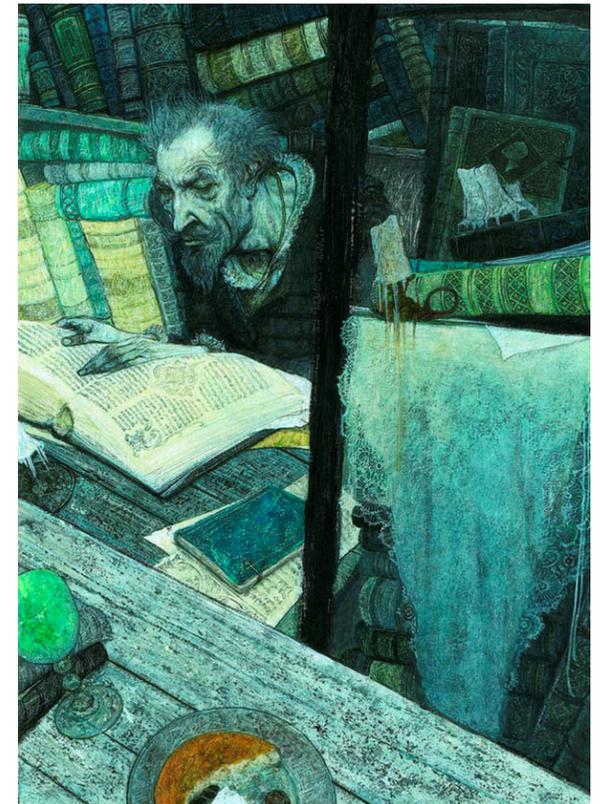


Ilustración de Svetlin Vassilev



## Que trata de la indagatoria al ingenioso caballero don Miguel

José Cardona López. Revista Sésamo No. 2. Manizales, 1976.

- ¿Lugar?
- De la Mancha.
- ¿Nombre?
- No quiero acordarme.
- ¿Por qué?
- No sé. No quiero.
- ¿Apellido?
- Hidalgo.
- ¿De cuáles?
- De los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor...
- Gracias, eso es todo.
- ... una olla de algo más vaca que carnero, salpicón las más noches...
- ¡Basta! ¡Basta!
- ... algún palomino de añadidura los domingos...
- ¡Basta! ¡BAS-TA! Que siga el próximo caballero.□

## Realismo femenino

Marco Denevi. *Falsificaciones*. Thula ediciones. Barcelona 2006

Teresa Panza, la mujer de Sancho Panza, estaba convencida de que su marido era un botarate porque abandonaba hogar y familia para correr locas aventuras en compañía de otro aún más chiflado que él. Pero cuando a Sancho lo hicieron (en broma, según después se supo) gobernador de Barataria, Teresa Panza infló el buche y exclamó: ¡Honor al mérito! □

## La mujer ideal no existe

Marco Denevi. *Falsificaciones*. Thula ediciones. Barcelona 2006

Sancho Panza repitió, palabra por palabra, la descripción que el difunto don Quijote le había hecho de Dulcinea. Verde de envidia, Dulcinea masculló:  
- Conozco a todas las mujeres del Toboso. Y le puedo asegurar que no hay ninguna que se parezca ni remotamente a esa que usted dice.□

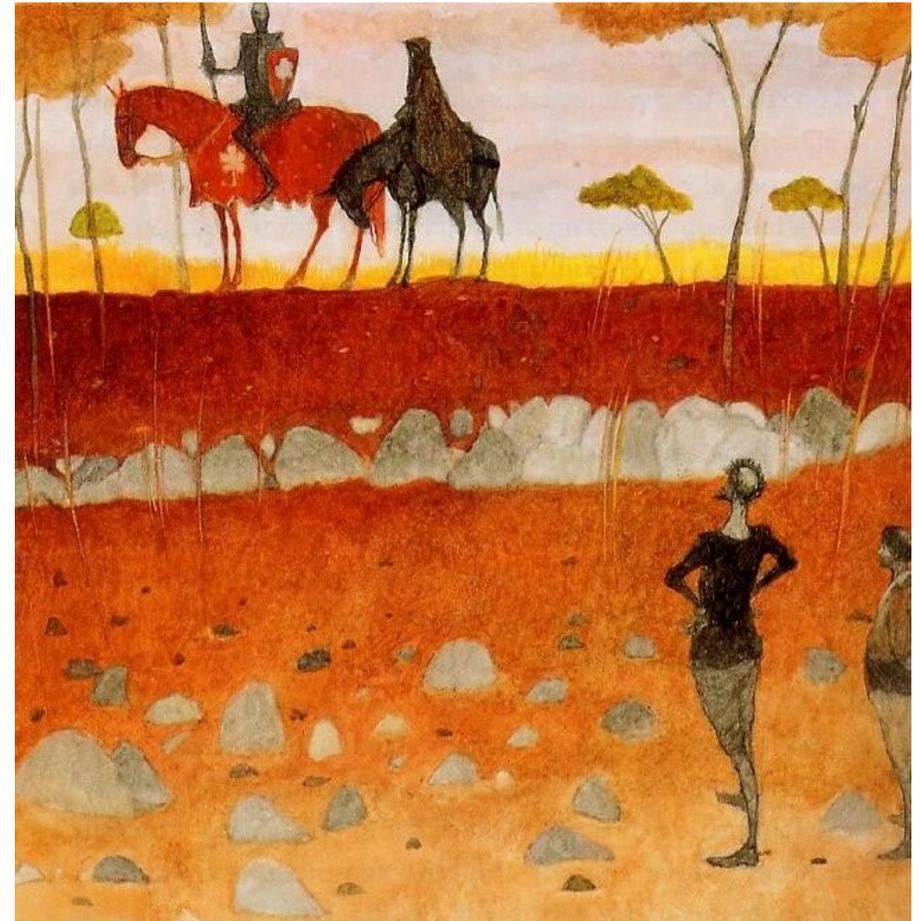


Ilustración de Svetlin Vassilev

